

su nombre y por la ventura del pueblo á quien mandaba, la digna esposa de tan esclarecido Príncipe.

La española Plotina, que con segura conciencia de lo porvenir, dijo al entrar por vez primera en el imperial palacio:—«Espero salir de aquí lo mismo que entro»—; la que dotada de juicio sólido y levantado espíritu, lejos de envanecerse en su alto puesto fué siempre acabado ejemplo de modestia y moderacion; la que redactaba por sí misma sabios reglamentos que admiraban al Senado romano, y la que rechazaba el título de augusta con que pretendia honrarla, al mismo tiempo que siguiendo su ejemplo rechazaba tambien su esposo el de Padre de la patria: la que encargada por Trajano durante la guerra de los Dacios del gobierno del imperio, supo mantener con admirable union de clemencia y energía el orden, en aquel pueblo siempre dispuesto al trastorno y á las revueltas: la que despues del triunfo de Trajano y en el triste período de hambre, terremotos y peste que asoló á Roma, abrió á un tiempo los escasos tesoros de su palacio y los inagotables de su corazon á los indigentes, á los enfermos y á los desvalidos, distribuyendo por sí misma los socorros, y multiplicándose donde quiera que habia un dolor que compartir, una miseria que socorrer ó una lágrima que enjugar.

El pueblo agradecido á tantos favores y apreciando tantas virtudes proclamó á Plotina, á pesar de su resistencia, Emperatriz augusta, y la hubiera levantado estatuas, sinó lo hubiera vedado severamente bajo enérgica prohibicion.

Sin embargo, en medio de tantas grandezas y de tantas virtudes, faltó siempre á su dicha la mayor de las venturas que puede coronar la union de los esposos. Plotina y Trajano no tuvieron hijos; y queriendo la previsora Emperatriz acudir de antemano á impedir los graves trastornos que con ocasion de la muerte de Trajano habian de agitar á Roma al tratar de elegir sucesor al hijo de Itálica, persuadió á su esposo, casase á su próxima parienta Sabina, con Elio Adriano, el único digno de sucederle, y al que desde luego abrió el camino del trono, nombrándole Cónsul.

Bien pronto vió desaparecer Plotina su felicidad al perder para siempre al amado compañero de su existencia. Las nuevas guerras promovidas por los pueblos recientemente conquistados, hicieron que Trajano tuviese que volver á campaña, última espedicion de la que no debia regresar á Roma. Acababa de llegar á Selinunte en Cilicia acompañado de su esposa, cuando la enfermedad que ya hacia algunos años venia amenazando su existencia¹, le privó rápidamente de la vida. El dolor de Plotina fué indescriptible; pero sabiendo dominar su justa pena, y anteponiendo á sus mismos pesares la felicidad de Roma, tuvo todavía bastante entereza para ocultar la muerte de su esposo hasta que vió asegurado el nombramiento de Adriano, y con él la prosperidad del imperio.

Plotina entonces hizo pública demostracion de su legítimo dolor; y colocando las cenizas del inolvidable compañero de su vida en una urna de oro, las condujo á Roma, donde fueron recibidas con fúnebre pompa, en medio de las mas sinceras demostraciones de profundo pesar, y colocadas por raro privilegio, y apesar de las antiguas prohibiciones dentro de la ciudad, bajo la columna que recordaba los gloriosos triunfos del Emperador.

Plotina sobrevivió algunos años á su esposo. Conservándola Adriano todos los honores y Autoridad que tenia en tiempo de Trajano, hasta el punto de grabar su busto en las monedas², aclamándola donde quiera con entusiasta y profundo cariño pueblo y Senado, en vano trataba de dulcificar su pena y de curar la herida que laceraba su corazon. Plotina siempre caritativa, siempre amante del pueblo y ejerciendo constantemente la consoladora mision que la Providencia le habia encomendado, continuó guiando con sus consejos al nuevo Emperador, y protegiendo con sus oportunas liberalidades á los desvalidos; pero en breve la lloraron perdida, y mientras

¹ Hidropesia.

² Además de las diferentes monedas de oro, plata y bronce que se encuentran de Plotina, y de Plotina y Trajano, batidas así en Roma como en varias ciudades griegas, se conservan algunas, aunque escasas, en que se vé el busto de Plotina, y la leyenda que conserva su nombre por un lado, y el de Adriano por el otro.

Adriano para perpetuar su recuerdo y su agradecimiento edificaba una ciudad con el nombre de Plotinopolis, el pueblo romano no sabiendo como demostrar su admiracion y su cariño á la difunta Emperatriz, la colocaba en el Olimpo, elevándola á la categoria de las divinidades.

La historia no ha podido transmitir la época del nacimiento de tan célebre española; pero sí ha conservado el de su muerte, acaecida en el año 882 de Roma (129 de Jesucristo).

Aurelio Victor dijo de ella, que era imposible poder determinar el alto grado á que elevó con sus relevantes cualidades la gloria de Trajano; y Plinio al hacer en el Senado el panegirico de este Emperador pronunció estas palabras:—«Escogiste una muger que te honra; ¿quién mas grande, quién mas noble? Si el Pontífice Máximo hubiera de elegir esposa, la elegiria parecida á ella. Pero ¿dónde encontrarla?...»

Lástima grande, que no hubiese coronado tantas virtudes la célebre Emperatriz española, abrazando la religion verdadera, la cual acaso no aceptára en su corazon, por respeto á las exageradas creencias de su esposo, que deslustró la gloriosa historia de su vida persiguiendo á los cristianos, á quienes los Pretores le presentaban como peligrosos al Estado, é individuos de asociaciones prohibidas por la ley.

Pero haciendo abstraccion de este pensamiento, la memoria de Plotina considerada con relacion al mundo pagano en que vivia, será siempre uno de los mas dignos ejemplos que puedan imitar las Princesas, llamadas por los decretos del Altísimo á labrar la felicidad de los pueblos.